

“NUESTRA MARCA SE FORJÓ CON EL TRABAJO DE CUATRO GENERACIONES”

Alicia Pettinari y Gustavo Murias Pettinari

Los orígenes

Alicia: El origen de nuestra familia se encuentra del otro lado del Atlántico. Mis padres eran hijos de inmigrantes. Todos mis abuelos vinieron de Italia y siempre se dedicaron a lo que sabían hacer: trabajar y cuidar a la familia.

Mi abuelo Julio, allá por 1928, entró como capataz en Lutz Ferrando, que en ese entonces era la única empresa que se dedicaba a la fabricación de equipamiento hospitalario. En sus horas libres, después de su horario de trabajo, se inició en la fabricación de muebles para consultorios médicos sobre pedido. Trabajaba desde el fondo de su casa.

En el '37, junto con mi papá José y mi tío Alberto, decidieron fundar su propia empresa como una sociedad de hecho, también para fabricar equipos para la industria de la salud. Años más tarde, en el '45, aquella sociedad quedaría formalizada en Julio Pettinari e Hijos SRL, que después se convertiría en Pettinari Metal S.A.C.I.F.I.A.

Creecer en la fábrica

Alicia: Nací el 24 de noviembre de 1938, y pasé mi infancia jugando en la fábrica que estaba pegada a la casa de mi abuelo. Cada vez que iba de visita, me escapaba y me escondía entre las máquinas, envuelta por ese olor tan particular de la metalurgia.

Un día, cuando yo tenía ocho años, mi abuelo me dio una dobladora y una placa de metal; así comencé en la industria metalúrgica: doblando metal, con el que luego fabricaba escaleritas. Con el tiempo, fui conociendo los materiales y el uso de las distintas herramientas de la fábrica.

A los doce años, ya concurría a la fábrica a realizar tareas administrativas. Una vez terminados mis estudios secundarios y terciarios, me incorporé definitivamente al staff Pettinari. Liquidé mis primeros jornales con una máquina Olivetti; aquellos libros aún permanecen como testimonios con mi letra tipo gótica inglesa de esa época.

Urquiza, testigo del crecimiento

Alicia: La empresa familiar fue creciendo de a poco, gracias al sacrificio de mi abuelo, mi papá y mi tío que con su simpleza de razonamiento, aguda inteligencia y descomunal dedicación supieron llevar adelante ese impulso de independencia y fuerza de trabajo. La compañía funcionó en el galpón lindero a la casa de mi abuelo hasta el '46.

Ese año, con un crédito del Banco Industrial, compramos un terreno en Pacheco y Monroe. El 1º de mayo del '48 fue la ceremonia de inauguración de la nueva fábrica. Medía 10 x 45 metros, pero después fue creciendo. En el '65, con otro crédito del Banco Industrial, construimos un nuevo edificio de tres plantas sobre la calle Roosevelt. En 2003, sumamos una nueva propiedad sobre la calle Pacheco, para seguir ampliando nuestra producción.

De aquel galponcito donde se gestó Pettinari Metal en el '28, hoy tenemos 3.800 m2 de superficie fabril. Siempre en Villa Urquiza. Jamás nos fuimos del barrio que nos vio nacer.

Épocas de gloria: crecimiento e investigación

Alicia: La década del '50 fue gloriosa para nuestra industria. En esos tiempos se construyeron los policlínicos más importantes del país. Y Pettinari proveía buena parte del equipamiento.

Con el avance de la ciencia médica, fueron surgiendo nuevas técnicas. Nosotros teníamos que adaptarnos. Los médicos venían a la fábrica a ayudarnos a diseñar equipos que se ajustaran lo mejor posible a sus necesidades. A partir de sus opiniones, diseñábamos los bocetos y convertíamos aquellas ideas en objetos tangibles. Entre otras innovaciones, desarrollamos una camilla para parto vertical satisfaciendo las inquietudes del Dr. Perrussi, y montamos las primeras mesas de cirugía para el Dr. Finochietto. Luego, fuimos perfeccionando el modelo para sus discípulos en el Hospital Rawson.

En el '63, fabricamos 550 camas para el Hospital de Clínicas, que aún hoy siguen funcionando. Permitían hacer tres movimientos para mayor comodidad de los pacientes y además elevar las piernas para lograr una posición de *trendelemburg*, lo que en aquellos tiempos era una innovación.

Todo en familia

Alicia: Mi abuelo Julio murió en el '59. Cinco años después, falleció mi papá José. Mi tío Alberto asumió como presidente hasta su fallecimiento y yo como vicepresidente. Se sumaron su hijo e hijo político. Y con el tiempo, se fueron incorporando otros miembros de la familia. Pero la gestión quedó en nuestra rama. Desde 1998, soy la presidente y junto a mi hijo Gustavo concentramos la dirección de la empresa.

Gustavo: Yo soy la cuarta generación de Pettinari Metal. Si bien, también desde chico la fábrica es mi mundo, empecé a trabajar a tiempo completo tras terminar la carrera de Contador en la UB, a los veintitrés años. Arranqué con cadetería y tareas administrativas en general. Luego, me incliné al área comercial tipeando presupuestos a máquina. Con el tiempo, me hice cargo de la parte de producción y comercialización.

Alicia: En nuestra empresa, siempre hubo un trato familiar, incluso con personas que no eran parte de la familia. Allá por los '50, mi padre tenía dos autos, cuando la mayor parte de la gente ni siquiera tenía uno. Y él no tenía problema en prestárselo a sus empleados. Ellos venían y le decían: *“Don Pepe, el viernes tengo que salir con mi novia. ¿Me prestaría el coche?”*. Y él se lo prestaba. Su relación con los empleados era, en muchos aspectos, paternal.

Acercas de las crisis

Alicia: En más de ochenta años en la industria, hemos tenido que afrontar muchas crisis. Desde el Rodrigazo hasta el Corralito de 2001 pasamos por muchas situaciones conflictivas.

En la década del '70 habíamos realizado una gran exportación a Brasil. Habíamos vendido en dólares, pero pasamos el cheque a pesos. Apenas salí del banco después de haberlo cobrado, me entero de la mega devaluación del Rodrigazo. ¡Si hubiera esperado un día, habría tenido el doble de dinero!

Fue un golpe duro, pero no fue el único. También pasamos por la famosa “tablita”. En los tiempos de la hiperinflación, por la mañana pedíamos una tonelada de chapa, y a la tarde el proveedor nos decía que el precio había cambiado.

Gustavo: Aquellas crisis no se comparan, sin embargo, con la década del '90 y la explosión del 2001. La apertura comercial del menemismo generó una avalancha de productos asiáticos con los que no podíamos competir. Teníamos

que hacer ingeniería financiera para ajustar los costos. Pero nunca bajamos la calidad, el sello que distinguió a Pettinari a lo largo de toda su historia. A diferencia de otros, nosotros nunca nos convertimos en importadores. Seguimos apostando por la producción nacional de calidad. Pero con la convertibilidad era muy difícil. Los '90 fueron una pendiente en constante descenso.

El moño rojo del infierno

Alicia: El 2001 fue la peor crisis que vivió Pettinari en sus más de ocho décadas. Fue la primera vez, desde que entré a la fábrica en el '55, que no tuve trabajo. En una empresa pueden pasar muchas cosas duras. Pero la falta de trabajo es la peor... es desesperante. De las cincuenta personas que teníamos, tuvimos que recortar más de veinte.

Despedir a alguien en una empresa familiar es desgarrador. Por eso, hicimos lo imposible por evitar llegar a esos extremos. Desde el '98, cuando los números empezaron a empeorar, empezamos con los recortes. Primero redujimos la jornada laboral. Y cuando no quedaba más alternativa, propusimos hacer despidos al azar, para evitar que los obreros pensaran que había cuestiones personales que interferían con la decisión.

En aquel momento, todos los empleados se reunieron y nos propusieron que no hubiera despidos, pero que se trabajara la mitad del tiempo. Así que reincorporamos a los que habían sido despedidos, y empezamos a trabajar sólo los lunes y los martes.

Gustavo: En cuanto a la gestión, en aquellos tiempos primaba una austeridad absoluta. Trabajábamos sin luz y hasta sacamos mingitorios para no gastar agua. Era economía de guerra. Hasta tuvimos que hipotecar propiedades para seguir pagando sueldos. Fue un momento de gran dramatismo, el moño rojo del infierno ya que marcaba el punto más álgido de una decadencia que había empezado en los '90 con la globalización, la convertibilidad y la apertura comercial. Pero más allá de las circunstancias específicas de Pettinari, fueron tiempos trágicos para toda la industria nacional.

La gente dejó de usar el uniforme azul para ponerse un kiosco, un taxi o un videoclub. Fueron abandonando las tareas industriales y así se perdió toda una generación de gente con oficio metalúrgico y cultura de trabajo.

Pettinari Metal, hoy

Gustavo: Tras la devaluación de 2002, la situación empezó a cambiar. Pudimos renegociar las deudas, levantar las hipotecas y empezar de nuevo. Volvió la demanda, y fuimos reactivando la producción. En abril de 2004, la fábrica ya estaba trabajando nuevamente a pleno. De estar parados, pasamos a enfrentarnos con el problema opuesto, a luchar contra la escasez de materiales. Es que en los '90, toda la cadena productiva se había caído. El sistema estaba dormido y necesitaba tiempo para despertarse.

La constante modernización de nuestros equipos, un ágil sistema de comercialización, y una férrea y austera conducta administrativa y financiera, nos permitieron mantenernos en nuestra tradicional posición de liderazgo en el mercado argentino.

Alguno de nuestros equipos se encuentran en todos los sanatorios y hospitales, tanto públicos como privados. Nuestro gran mercado es Argentina. El porcentaje de ventas al exterior es mínimo. Es que los costos internos, en un escenario de inflación en dólares, nos quitan competitividad en el extranjero.

Alicia: Serenamente inmersos en nuestro trabajo hemos transitado nuestros ochenta años, logramos convertirnos en la industria líder en equipamiento hospitalario: tenemos trayectoria y calidad.

A lo largo del tiempo, supimos adaptarnos a cambios tecnológicos y crisis económicas. Era el entendimiento de las necesidades crecientes de los profesionales. Hemos sabido mantenernos vigentes en un negocio muy dinámico, donde se requiere una innovación constante. Nuestro orgullo es poder decir que tenemos una marca, forjada con el trabajo de cuatro generaciones.

Tenemos claro cuáles son nuestros objetivos, y sin prisa, pero sin pausa, nos aprestamos a alcanzarlos. No queremos ser los más grandes. Queremos ser los mejores.